Sobre la Naturaleza del Discurso Autobiográfico[1]

CARLOS PIÑA
Facultad Latino Americana de Ciencias Sociales/Santiago

Algo me decía que el suceder de la vida es como se ve en el futuro y no como se ve en el pasado. Pero este algo no lo precisaba. Deseaba para ello, por lo menos, un ejemplo; si usted quiere, un desmentido a la lógica de la actuación de un personaje perfectamente construido... ¡Nada! En la vida misma todo era lógico puesto que, el que he llamado acto E, allí estaba siempre, allí estaba ya sucedido y lo sucedido... era cuestión de buscarle su A y B, su C y D. En la creación, no seguir este desarrollo, punto por punto, era ir a la arbitrariedad, al sin sentido, a la descontrucción, y... *como única finalidad había que construir.*

Juan Emar, *Umbral* (Primer Pilar. El globo de cristal. Tomo I, p. 195).

Introducción

Las historias de vida, testimonios y autobiografías gozan desde hace algunos años del dudoso privilegio de la fama. En efecto, para deleite de antropólogos, libreros, y curiosos en general, este tipo de herramientas (o de géneros, si se quiere) ha padecido de un auge notable. Un esplendor similar ya había conocido hace décadas, pero el actual trasciende con mucho los limites propios del campo científico. En los ámbitos más especializados de las ciencias sociales hoy es ya usual fundamentar este renacimiento del 'enfoque biográfico', para usar una expresión de Bertaux (1980), postulando que la riqueza del material

1. Una versión modificada y más extensa de este artículo fue presentada al XVII Congreso Latinoamericano de Sociología, Montevideo, 2-6 de diciembre de 1988 (ver Piña, 1988 y también 1986). Remito al lector interesado a tales documentos para la ampliación y detalle de las argumentaciones aquí planteadas, en particular respecto a dos puntos: I) para una caracterización de la estructura del relato autobiográfico y II) sobre una propuesta metodológica específica para el análisis de la 'etiqueta semántica' del personaje construido en el texto autobiográfico. Agradezco los comentarios y sugerencias del profesor Guy Mercadier, de la Universidad de Provence, los cuales me permitieron ampliar y redefinir algunas de las cuestiones aquí planteadas.

documental se fundamenta en su capacidad para dar cuenta de la 'subjetividad' de los protagonistas de la historia – los sujetos anónimos que son despreciados por los enfoques exclusivamente macrosociales –, permitiendo así el rescate de la 'verdade' contenida en *su* punto de vista, en su óptica socialmente delimitada. En otra parte (Piña, 1986) he analizado las causas y características de este proceso, mediante el cual los sujetos anónimos y la vida cotidiana se han convertido progresivamente en un objeto de conocimiento relevante para las ciencias sociales, lo que ha contribuido a redescubrir, revitalizar y difundir la utilización de perspectivas metodológicas de corte 'interpretativo', por lo que no volveré aquí sobre tal cuestión. El objetivo central de estas páginas, en cambio, es examinar la naturaleza del llamado relato autobiográfico o autobiografía[2].

---

2. Es necesario destacar que, en lo medular, este artículo está referido exclusivamente al género denominado 'relato autobiográfico', 'relato de vida', 'discurso autobiográfico' o 'autobiografía' (sinónimos, para los efectos de lo aquí planteado). Aún más: al interior de tal género las afirmaciones aquí hechas son especialmente aplicables al discurso autobiográfico tal y como es usado actualmente en las ciencias sociales, es decir, aquel cuya preocupación preponderante son los sujetos 'anónimos', y donde los relatos son obtenidos generalmente mediante el procedimiento de la entrevista o la escritura solicitada. No obstante, acepto y percibo que muchas de las argumentaciones aquí vertidas pueden ser también aplicadas al texto autobiográfico de corte más tradicional, realizados por figuras públicas o sujetos de élite que voluntariamente escriben su vida o sus memorias. Del mismo modo, algunas de las cuestiones aquí planteadas podrían discutirse, pero no aplicarse automáticamente, en relación a las historias de vida, testimonios y otros géneros 'menores' (biográficos o autobiográficos), tales como las cartas de los condenados a muerte, los epitafios, las conversaciones de reencuentro, las presentaciones de los autores en las solapas de los libros, los *curricula vitae* y las necrologias, entre otros. Estoy asumiendo así las distinciones, ya muy extendidas (pero, lamentablemente, no universalizadas aún) entre el 'relato autobiográfico', por una parte, la 'historia de vida' o 'biografía', por otra (Denzin, 1970), y, por último, el 'relato testimonial' o 'testimonio'. A pesar de tratarse de tres géneros intensamente relacionados y que empíricamente suelen sobreponerse y fundirse, me parece de vital importancia resaltar sus diferencias, pues de ellas se deducen criterios metodológicos importantes. La historia de vida, en primer lugar, se caracteriza por investigar en profundidad y extensión el recorrido biográfico de uno o varios sujetos, para lo cual utiliza una gran cantidad y diversidad de materiales (archivos, relatos indirectos, cartas, reconstrucciones históricas, contratos, etc.). En segundo lugar, el relato de vida, es un concepto reservado sólo para la versión (oral o escrita, en sus diferentes modalidades y grados de estructuración) que un individuo da de su propia vida. De este modo, una historia de vida puede tener, o no, entre sus materiales, el relato que hace el propio sujeto sobre sí mismo. En tercer lugar, el testimonio, según mi punto de vista, será un nombre reservado al relato en el cual una persona se refiere, a través de sus vivencias personales, a algún suceso histórico o medio social del cual fue testigo, sin que el eje de su narración sea necesariamente su propia evolución a través del tiempo. Las consecuencias metodológicas implicadas en tales distin-

En particular deseo sostener las siguientes hipótesis. Primera: la naturaleza y especificidad del relato autobiográfico es la de un discurso particular, de carácter interpretativo, y no la reconstrucción verbal de ciertos acontecimientos pasados. Segunda: tal discurso se define por provenir de un hablante que, en determinadas condiciones, construye, proyecta y sostiene una imagen particular de 'sí mismo', realizando el narrador tal construcción en términos de un 'personaje'. Tercera: la imagen del 'sí mismo' es generada siempre e ineludiblemente desde una 'situación biográfica' determinada del hablante, siendo ella explicativa y, a la vez, constitutiva del perfil final que asume el texto. Cuarta: en la construcción del relato son claves las condiciones materiales y simbólicas de su generación, de tal modo que ellas son algo más que factores externos condicionantes del relato; de hecho, terminan formando parte integral de él.

Carácter interpretativo del discurso autobiográfico

Mi proposición introductoria es que el relato autobiográfico no se destaca especialmente por la calidad o cantidad específica de información histórica o etnográfica que proporciona. El relato autobiográfico – a diferencia de una historia de vida o de un testimonio – puede, sin ninguna duda, aportar material de este tipo y, eventualmente, ser útil en un estudio de reconstrucción de cierto período o suceso histórico; pero su potencialidad particular, su especificidad, no reside en ser reflejo fiel de lo que fue esa vida, nunca será la reconstrucción de los hechos y sucesos que la caracterizaron.

Por muy restringida que sea la definición que adoptemos sobre lo que es 'una vida' (por ejemplo: 'la sucesión discontinua de acontecimientos, hechos,

---

ciones son relevantes, pues tienen que ver con las diferentes potencialidades de cada género y los mecanismos de validación interna o externa al cual deben ser sometidos en su recopilación y análisis. Por último, en estas páginas no se hacen mayores consideraciones respecto a las múltiples modalidades concretas que pueden adoptar las investigaciones que utilizan un enfoque biográfico. Es así que se habla como si se estuviese frente a los problemas de análisis de una investigación basada en sólo un relato de vida. Esta opción de redacción no debe hacer olvidar que, en general, las investigaciones definen un diseño de acuerdo a interrogantes particulares, y en él pueden combinar el uso de diversos tipos de materiales. Además, por lo común se abarcan muestras más o menos homogéneas de grupos humanos específicos (campesinos, indígenas, mujeres, migrantes, etc.). Estas alternativas poseen complejidades adicionales a las aquí enfrentadas, las que se refieren, básicamente, a la representatividad y a los criterios pertinentes en los procedimientos comparativos. Para otras definiciones y clasificaciones de este tipo de documentos, ver: Plummer (1983) y Pineau y Michele (1983).

actitudes y sentimientos, referidos a una individualidad delimitada – a un nombre propio –, desde el momento de su nacimiento hasta el de su muerte'), tal noción siempre nos obliga a situarnos al interior de una ambigüedad que fluctúa entre la representación de una individualidad consistente y, simultáneamente, el reconocimiento de un fenómeno supraindividual. En otras palabras, la concepción misma de 'una vida', y sus límites, sintetiza casi estéticamente la tensión entre los campos posibles de libertad individual y el condicionamiento de los contextos estructurales, sea lo que sea lo que entendamos bajo tal denominación. *Tensión que tanto para el análisis como en la acción social no es posible* – ni seguramente necesario – resolver, pero que si es urgente no perder de vista pues su actualización nos evidencia que cualquier aproximación posible a una vida particular siempre aludirá a un contenido demasiado amplio y difuso como para suponer que ella se pueda recuperar o reproducir. No existe ningún archivo ni mecanismo lo suficientemente poderoso – ni siquiera el cerebro humano, con todas las mentadas potencialidades del inconsciente – que sea capaz de retener, para después reproducir, la casi infinita procesión de dimensiones y detalles que componen una vida.

Tales consideraciones no dejan de tener cierta importancia, pues llevan a reconocer que el relato autobiográfico – como método y como producto – no es, no puede ser, el reflejo fiel de algo exterior a él. Es más, ni siquiera representa de modo necesario (estadística o simbólicamente) la vida de alguien. De lo que se trata es de un material relativamente autónomo, que posee un cuerpo propio y que se constituye en algo 'nuevo', en el sentido que no es la consecuencia directa, verbal y discursiva del acontecer histórico de un sujeto.

"Está bien – podrá exclamar algún fervoroso defensor de los relatos de vida, irritado al ver que se cuestiona su legitimidad como herramienta de reconstrucción histórica –, es verdad que las autobiografías no nos proporcionan la totalidad de lo que ha sido la vida de alguien, pero se debe admitir que sí nos pueden entregar lo más importante de ella". No podría estar más dispuesto a aprobar esta afirmación. No obstante, queda el incómodo problema de detectar qué es lo que se entiende por lo 'más importante'. Si nos arriesgáramos a citar a un foro-panel a dignatarios religiosos de diferentes confesiones, un sicoanalista, un trabajador social, un ex-presidiario, un vegetariano y un reportero gráfico, para que entre todos debatieran el punto, sin duda no se llegaria a ninguna conclusión, pero sería altamente ilustrativo acerca de lo difícil que es proponer un criterio unánime respecto a lo que constituye lo 'importante' y lo 'secundario' en la vida de alguien.

Sobre la naturaleza del discurso autobiográfico

A un historiador que busca reconstruir la vida cotidiana de principios de siglo en alguna urbe latinoamericana, le parecerá de vital importancia presionar a su anciano entrevistado para que haga esfuerzos por recordar qué tipo de sistema de evacuación de excretas existía en su casa de infancia, mientras, es probable, éste se empeña porfiadamente en hablar de su fallecida madre. A riesgo de ser repetitivo, puedo aprovechar este ejemplo para insistir en la importante diferencia metodológica – no siempre apreciada – entre el testimonio y el relato autobiográfico. Quien recurre a antecedentes orales de tipo autobiográfico con el objetivo primordial de conocer cuestiones relativas a un entorno, a un suceso o a una época, está estrictamente generando testimonios, es decir, buscando y haciendo hablar a testigos calificados, quienos pueden hacer un relato sobre cuestiones externas a ellos, pero en las que se vieron involucrados de un modo más o menos personal.

Dado que lo "informativo" es la esencia del testimonio (Bertaux, 1980:206), en él la versión acerca de la propia vida queda subordinada a su función de ser "ventana" a un universo situacional o histórico desconocido para el destinatario del relato: el testigo cuenta lo que su público no vio. Muchos textos denominados usualmente relatos autobiográficos o historias de vida podrían ser enfocados o definidos *más apropiadamente – o simultáneamente – como testimonios*, en la medida en que el texto está más referido a las circunstancias que rodearon al sujeto que a la dimensión estrictamente autobiográfica, centrada en su versión de lo que fue su propia trayectoria temporal. En definitiva, esta clasificación tiene tanto que ver con la naturaleza del relato y con los intereses específicos de cada estudio, como con el papel que se le asigna a la narración en un proceso de investigación.

Intentar responder al problema de qué es realmente lo "importante" de la vida de alguien por la vía metodológica de proponer un relato no dirigido externamente, que fluya a partir de los propios intereses del hablante, no pasa de ser un criterio técnico apropiado a la situación de entrevista, pero que posee fuertes limitaciones como perspectiva general. En efecto, el alcance de tal proposición choca con que no existe ‘una’ versión verdadera o ‘pura’ de la propia vida, frente a otras falsas o contaminadas por las distorsiones de la memoria o la intimidación del entrevistador. Toda narración autobiográfica está muy distante de parecerse a un monólogo desinteresado que realiza una persona frente a sí. Al contrario, *cualquier relato cuya motivación inicial es una supuesta reconstrucción* de la propia vida, es en realidad un determinado tipo de construcción discursiva de caráter interpretativo, confeccionada para un público particular.

Es frecuente, sin embargo, el que numerosos y destacados autores definan, utilicen y analicen este tipo de recurso metodológico y de material enfocándolo de un modo absolutamente distante al aquí sostenido. En ocasiones se argumenta en torno a cuestiones absolutamente irrelevantes, como si se estuviesse frente a una indagación siciológica o jurídica, como si el relato de esa persona fuese un camino para llegar a conocer y desentrañar su historia pasada, como si se estuviera realmente frente una vida y no a palabras: ¿qué motivaciones tuvo X para actuar de tal manera?, ¿visualizó Y la posibilidad de opciones diferentes?, ¿qué circunstancia o factores influyeron en tal descenlace?, ¿por qué no se percató Q de la consecuencia de sua acción?, etc. Esta "ilusión biográfica" – según la expresión de Bourdieu (1986) – se apoya en cierta filosofía de la existencia de corte historicista que está fuertemente arraigada en el sentido común, según la cual la vida puede ser comprendida, y en consecuencia relatada, en tanto sucesión articulada de acontecimientos con sentido.

> Esa vida organizada como una historia se desarrolla, según un orden cronológico que es también un orden lógico, desde un comienzo, un origen, en el doble sentido de punto de partida, de principio, pero también de razón de ser, de causa primera, hasta su término, que es también un fin. La narración, sea ella biográfica o autobiográfica,... propóne acontecimientos que, sin ser todos y siempre desarrollados según una estricta sucesión cronológica,... tienden o pretenden organizarse en secuencias ordenadas según relaciones inteligibles. El sujeto y el objeto de la biografía,... tienen de alguna manera el mismo interés en aceptar el *postulado del sentido de la existencia* contada e, implícitamente, de toda existencia. ...la narración autobiográfica se inspira siempre, al menos en parte, en el deseo de dar sentido, de hacer inteligible, de expresar una lógica a la vez retrospectiva y prospectiva... (Bourdieu, 1986:69, destacados en el original).

Lo medular, entonces, en relación al enfrentamiento metodológico de un texto autobiográfico, *no* es preguntarse cómo transcurrió efectivamente la vida de alguien (validez externa que se obsesionará y frustrará en la corroboración de lo narrado. Cuestión nada de accesoria; a veces factible, a veces no, pero que no opera para una gran proporción del contenido del relato), sino cómo ese alguien se representa – ante sí y ante otros – el transcurrir de su vida y lo relata. Cuando se cuenta la vida, nunca tenemos entre manos la versión verbal de lo que ella fue, sino un 'discurso interpretativo' – retazos de hechos dibujados por una perspectiva peculiar, selecciones, montajes, omisiones, encadenamientos, atribuciones de causalidad, etc. – cuya particularidad es estar estructurado en torno a la construcción de una figura que aquí denomino 'personaje'[3].

3. Más adelante se definirán con más detalle las nociones de imagen del 'sí mismo' y 'personaje'.

En otras palabras, el relato construye una vida, inventa un recorrido, – recurriendo para ello a una diversidad de materiales y mecanismos – y sólo en determinado sentido es esa vida: se ha extinguido – y se diluye a cada instante – cualquier otra existencia que la del texto. Para decirlo de una forma poco rigurosa: si es interesante la dimensión autobiográfica que posee toda novela, lo que aquí interesa es la dimensión 'novelística' de toda autobiografía.

En consecuencia, la preocupación metodológica debe centrarse en generar un modelo de análisis del relato autobiográfico que desglose, describa y explique los procedimientos de generación y articulación de la categoría nuclear que compone ese tipo de narración: el 'personaje'[4]. A través de ello será posible precisar los presupuestos, mecanismos y condiciones que regulan la elaboración de la propia biografía. La posibilidad de gestar un modelo de análisis tal, se basa en el supuesto de que las formas de narrar una vida (y, por tanto, sus contenidos), no son ilimitadas ni azarosas sino, al contrario, corresponden a estructuras de relato relativamente acotadas y compartidas socialmente[5]. Afirmar que el relato autobiográfico posee una estructura – al igual que poseen la suya el discurso político, la confesión terapéutica o la declaración amorosa – conlleva reconocer que se trata de procesos de 'semantificación' del pasado o, mejor dicho, de los recuerdos del pasado que afloran en una situación específica. El producto final indudablemente posee un sello personal, pero cada sujeto lo elabora y desarrolla a base de atribuciones de significado preexistentes en su universo cultural.

De allí que hablar hoy de relatos de vida posea una connotación muy diferente a la de hace algunas décadas, cuando su potencialidad generalmente se

---

4. En varias oportunidades a través de estas páginas se hace alusión a la necesidad de que las ciencias sociales cuenten con un modelo de análisis del personaje, tal cual es construido en el relato autobiográfico. Cabe advertir que el contenido aquí planteado no pretende ser ese modelo en cuestión, sino sólo la proposición de algunos supuestos, criterios y puntos de vista que puedem ayudar a construirlo. Por otra parte, no tengo noticia de que tal modelo se haya elaborado – en el sentido aquí propuesto – más allá de lo avanzado por el análisis semiológico del personaje literario, aplicado a diferentes tipos de narraciones (mitos, folklore, cuentos maravillosos, etc.). Al respecto ver: Hamon (1977), Córdoba (1984).
5. Es deseable la profusión de más estudios comparativos, pues a base de ellos sería posible postular diferentes tipos de estructuras narrativas (o transformaciones de la misma estructura) a las cuales podrían corresponder determinadas clases de personajes, según fuera el grupo social que las origina. Con esto se contribuiría también a compensar el actual sesgo, según el cual la gran mayoría del material recopilado pertenece a los grupos de más bajos ingresos o que reflejan algún tipo de marginalidad social. Para una argumentación metodológica en torno a la posibilidad de representatividad de los géneros biográficos ver: Saltalamacchia (1987).

aceptaba sólo en el marco de las orientaciones sicológicas o, a lo más, como un recurso narrativo ejemplificador del efecto de las estructuras sobre los sujetos: representación gráfica ('en carne y huesos') de aquellas cuestiones ya probadas por los estudios de corte macrosocial. En la actualidad, en gran parte de los ambientes académicos se reconoce la validez relativa (como lo es toda validez científica) del enfoque autobiográfico para las ciencias sociales, aceptando que a través del conocimiento y análisis de la versión que da una persona acerca de sí, es posible aprehender ciertos procesos colectivos y compartidos de atribución de significado. En esta perspectiva es pertinente aceptar que al investigador no le interesa el relato sólo en cuanto relato, sino como manifestación de 'otra cosa'. En otras palabras, así como el historiador oral utiliza el testimonio para conocer sucesos relativos al entorno del testigo, cada texto autobiográfico particular puede concebirse como un camino, un material para el conocimiento de las estructuras narrativas (dramáticas, incluso) con que el hablante construye el 'sí mismo' y sus procesos específicos de atribución de sentido.

Descripción, comprensión e interpretación

Para concebir de este modo el género autobiográfico es preciso romper con aquella tradición del pensamiento analítico que tiende a separar radicalmente la descripción de la interpretación, como si no fuese una clasificación confeccionada sobre la base de características atribuidas a un texto por un observador, sino propiedades típicas e inherentes a diferentes clases de enunciados. Al hablar de 'discurso interpretativo' no estoy haciendo referencia a un cuerpo lingüístico *ad hoc* de tipo calificativo o valorativo, que por definición se opone a lo 'descriptivo', a la enumeración de las características fenomenológicas con que un hablante da cuenta del mundo 'objetivo'. Lo interpretativo no hace alusión, en este caso al menos, a 'una parte' del texto, en la cual el sujeto recapitula sobre lo que ha narrado y agrega sus opiniones en torno a ello (aun cuando eso suele ocurrir), revelando de esta forma – para la culminación máxima del placer antropológico – lo más íntimo de su 'visión de mundo'. Al contrario, el relato de vida constituye *en sí mismo* – como totalidad inseparable – una interpretación, o, mejor dicho, es un proceso en el cual fluye un conjunto organizado (aunque no necesariamente coherente) de interpretaciones, que se sobreponen, complementan, contradicen y oponen mutuamente.

El discurso autobiográfico está compuesto – para usar la terminología de Schutz (1974, Cap. 2) – por "construcciones de primer nivel": elaboraciones

propias del sentido común, plagadas de elementos subjetivos que reflejan el punto de vista del actor. El problema y el desafío del modelo ya mencionado (pero ciertamente no sólo de él), es que el análisis científico debe necesariamente incorporar y dar cuenta de esa dimensión subjetiva propia del discurso, pues en ella cristaliza *la perspectiva del hablante y el fundamento de su acción*. Sin embargo, simultáneamente se espera que el tratamiento analítico de tal relato satisfaga los requerimientos de objetividad, en el sentido de que sus procedimientos y aseveraciones estén expuestos a la verificación intersubjetiva. En palabras de Schutz (1974:82-3):

> ¿Como es posible reconciliar estos principios aparentemente contradictorios? La pregunta más seria a la que debe responder la metodología de las ciencias sociales es, sin duda, la siguiente: ¿cómo es posible elaborar conceptos objetivos y una teoría objetivamente verificable de las estructuras subjetivas de sentido? La respuesta se halla en la idea según la cual los conceptos elaborados por el científico social son construcciones de las construcciones elaboradas en el pensamiento de sentido común por los actores de la escena social. Las construcciones científicas elaboradas en el segundo nivel, de acuerdo con las reglas de procedimiento válidas para todas las ciencias empíricas, son construcciones objetivas de tipos ideales y, como tales, pertenecen a una especie diferente de las elaboradas en el primer nivel, el del pensamiento de sentido común, que deben superar. Son sistemas teóricos que contienen hipótesis generalmente susceptibles de ser puestas a prueba....

Las afirmaciones propias del análisis científico no son sinónimo de verdad absoluta, eterna e inmodificable, sino '*construcciones de segundo nivel*': verdades relativas a un ámbito específico de validez, atribuciones de sentido históricas y en permanente autodestrucción, cuya solidez se sustenta en el método, es decir, en ser una experiencia controlada, y no una mera expresión del punto de vista *momentáneo, íntimo e irreproducible del observador*.

Para aclarar lo anterior tomemos como ejemplo un enunciado aparentemente 'descriptivo', que no contiene lo que usualmente se denomina una 'interpretación', típico del comienzo de una narración autobiográfica: "Nací en un hogar modesto, mi madre trabajaba de costurera y mi padre era obrero." En esta frase, de una simpleza sólo superficial, el hablante describe lo que supone una realidad externa a él, pero para ello la alternativa que se le impone con naturalidad es servirse del lenguaje, lenguaje que incorpora en sí mismo una estructura que significa y clasifica el entorno natural y social, tornándolo inteligible para quienes comparten dicha estructura. La narración de una vida es un suceso y un material estrictamente lingüístico, y cualquier enunciado en el momento de materializarse es ya una interpretación de lo extradiscursivo, en el sentido que no lo refleja de modo inmediato – no se limita a describirlo –, sino que lo re-

construye mediante una estructura de significación y clasificación que posee existencia social *a priori*. No existe otra forma de conocer sino a través del lenguaje; todo relato alude a otros relatos.

No obstante, cuando hablo de lo 'extradiscursivo' me refiero a que estas proposiciones no debieran implicar que los sucesos que componen lo que llamamos una vida no hayan existido, o que el universo del cientista social esté compuesto sólo por discursos. A diferencia de ciertos análisis literarios, como el llamado "postestructuralismo" que critica Todorov (1987:9), el cientista social que trabaja con discursos tiene la posibilidad, y en ocasiones el imperativo, de hacer referencia a lo extradiscursivo, pues el texto se relaciona en su generación misma con un exterior explicativo y un antecedente causal a él:

> La tesis de que el mundo es inaccesible resulta igualmente forzada. Desde Kant es lugar común de la epistemología el reconocer el carácter construído del conocimiento, el no creer en una percepción transparente de los objetos; se puede por tanto criticar a los empiristas o a los positivistas. Pero de ahí a negarle todo contenido a la percepción hay un trecho que no conviene franquear sin haber meditado antes.

Volviendo al ejemplo anterior, allí no sólo se entrega un tipo de información (nivel socio-económico de la familia de origen, ocupación de los padres), sino que se cristaliza ya una construcción interpretativa, pues entre todas las posibilidades de distinción de origen se eligió esas palabras y no otras, fueron ordenadas de tal forma y no de otra, se escogieron ciertos criterios y no otros, etc. Todo ello otorga una connotación especial a la autodefinición del origen social que se opone a otras. Es verdad que ese tipo de frase es factible de ser contrastada en alguna medida: tal vez se podría saber si la madre del sujeto efectivamente trabajaba en el oficio de costurera y de qué modo lo ejercía, si su padre era obrero, en qué período y en qué rama de actividad, etc. Si tenemos tal posibilidad no es porque las costureras, los obreros y los hogares modestos sean realidades en sí universalmente evidentes, monosemánticas y tangibles, sino porque entendemos (compartimos) el sentido con que el hablante ha clasificado a sus progenitores y a su familia de origen. Ello se debe no a que podamos conocer y evaluar su experiencia sensible, sino, en primer lugar, a que formamos parte de una misma comunidad lingüística más o menos acotada, es decir, podemos utilizar sus mismas categorías y procesos de interpretación. En otras palabras, comprensión e interpretación son un solo acto, inherente a toda comunicación. Según Gadamer (1977:461 y ss., destacados en el original):

> ...la comprensión no se basa en un desplazarse al interior del otro, a una participación inmediata de él. Comprender lo que alguien dice es [...] ponerse de acuerdo

> en la cosa, no ponerse en el lugar del otro y reproducir sus vivencias. Ahora consideremos que *todo este proceso es lingüístico.* No en vano la verdadera problemática de la comprensión y el intento de dominarla por arte – el tema de la hermenéutica – pertenece tradicionalmente al ámbito de la gramática y de la retórica. El lenguaje es el medio en el que se realiza el acuerdo de los interlocutores y el consenso sobre la cosa. [...] El problema hermenéutico no es pues un problema de correcto dominio de una lengua, sino del correcto acuerdo sobre un asunto, que tiene lugar en el medio del lenguaje.

Al ser la narración autobiográfica un suceso esencialmente lingüístico, una interpretación que gira alrededor de la propia vida, es, a la vez, un texto que al comprender se interpreta. El comprender y el interpretar, según se ha visto, son un mismo proceso. Estamos frente a dos fenómenos que se viven como simultáneos: la interpretación del hablante (al hablar de su vida) y la interpretación de quien escucha o lee. En este punto es importante también establecer distancia con quienes sostienen – Stanley Fisch y sus tesis, por ejemplo – que el texto nada significa, sino que es el lector quien le otorga un significado, o, según una posterior versión algo atenuada del mismo Fisch (citado por Todorov, 1987:10), el grupo cultural e histórico al cual él pertenece: "Antes que el texto o el lector son las comunidades interpretativas las que producen las significaciones." Todorov (1987) ha refutado sólidamente tales conceptos, por lo que aquí sólo resta recordar que es efectivo que quien lee participa de la creación de sentido, pero de un modo circunstancial e histórico. El lector participa del texto, desde una postura determinada, más o menos cercana al universo cultural y lingüístico del hablante. Que ambos interlocutores se comprendan no se refiere a una "comprensión histórica": el punto de compresión no se sitúa en los sucesos ni en las vivencias, sino en el texto. Nuevamente en palabras de Gadamer (1977:467, destacados en el original):

> Desde el romanticismo ya no cabe pensar como si los conceptos de la interpretación acudiesen a la comprensión, atraídos según las necesidades desde un reservorio lingüístico en el que se encontrarían ya dispuestos, en el caso de que la comprensión no sea inmediata. *Por el contrario, el lenguaje es el medio universal en el que se realiza la comprensión misma. La forma de realización de la comprensión es la interpretación.* [...] Todo comprender es interpretar, y toda interpretación se desarrolla en el medio de un lenguaje que pretende dejar hablar al objeto y es al mismo tiempo el lenguaje propio de su intérprete.

Es inadecuado, en consecuencia, referirse al relato autobiográfico sin considerar su naturaleza discursiva, sin tomar en cuenta el que su contenido no describe una historia particular, no se refiere directamente a hechos, sino que es un proceso comprensivo e interpretativo que se estructura lingüísticamente en torno a la construcción de una imagen que protagoniza la propia biografía.

La imagen del 'sí mismo' y el 'personaje'

He afirmado que el objeto de estudio llamado relato autobiográfico, en rigor está constituido por un texto específico, 'otorgador de sentido', y no por aquello a lo cual inmediata y presuntamente aquél se refiere: la vida del hablante. Ello implica que en cada 'momento biográfico' (entrevista, confesión ritual, conversación, sesión terapéutica, escritura, etc.) y en el texto mismo, el sujeto construye una imágen del 'sí mismo'; esto es, una representación, realizada ante sí y ante otros, de su propia identidad como persona. Esta definición del 'sí mismo' se inscribe en la tradición fundada por G. H. Mead, quien con ello buscaba destacar[6]:

> ...la característica de la persona como objeto para sí. Esta característica está representada por el término 'sí mismo', que es un reflexivo e indica lo que puede ser al propio tiempo sujeto y objeto. Este tipo de objeto es esencialmente distinto de otros objetos, y en el pasado ha sido distinguido como consciente, término que indica una experiencia con la propia persona, una experiencia de la propia persona. Se suponía que la conciencia poseía de algún modo esa capacidad de ser un objeto para sí misma. Al proporcionar una explicación conductista de la consciéncia tenemos que buscar alguna clase de experiencia en la que el organismo físico pueda llegar a ser un objeto para sí mismo (Mead, 1934:168-9).

La imagen del 'sí mismo' varía según sean los atributos que un individuo desee, o se sienta obligado a materializar, de acuerdo a sus posibilidades y a la relación social específica de la que está participando, en función de la cual debe aparecer poseyendo, exhibiendo o pretendiendo proyectar una serie de características que tienden a sostener y otorgar credibilidad a esa imagen[7]. La imagen

6. Es conocida la notable influencia que ha tenido el pensamiento de Mead sobre importantes autores y corrientes teóricas, más allá del posteriormente denominado "interaccionismo simbólico" (Schutz, Goffman, Kardiner, Fromm, Berger, por nombrar sólo algunos). Uno de sus aportes más significativos – y que está en el trasfondo de lo argumentado aquí, aunque no se profundice especialmente en ello – dice relación con la definición del individuo y la sociedad, de acuerdo al la cual Mead fue uno de los primeros que postuló sistemáticamente al interior de las ciencias sociales modernas de qué modo la autoconsciéncia de cada individuo es histórica, es decir socialmente anterior a la personalidad individual. O, en palabras de Berger (1982:356), tuvo la capacidad de demostrar que "la realidad subjetiva de la consciéncia individual es algo construido socialmente".
7. No deseo ignorar las similitudes entre lo aquí planteado y las tesis de Goffman respecto a los rituales de la interacción cotidiana. Sin embargo, prefiero no citarlo directamente en relación a las nociones de imagen del 'sí mismo' y personaje, pues en verdad no existe una correspondencia exacta entre los conceptos tal y como los plantea ese autor y la forma en que son concebidos aquí. Goffman habla del "actuante" y del "personaje" para referirse a

es la faz visible del 'sí mismo' en determinada circunstancia, es la representación que hace una persona a base de los caracteres que supone debe encarnar en ese momento. La imagen nace y muere en la relación social, sólo existe en escena, tiene corporalidad y existencia histórica, se consume en el momento mismo en que la relación social se lleva a cabo, es un producto situacional.

El personaje, en cambio – cuyas características en detalle y recursos específicos no trataré aquí por motivos de espacio (Piña, 1986) – se refiere, desde esta perspectiva, al nombre propio que protagoniza el discurso autobiográfico y que sólo vive en él: es el producto lingüístico del relato. La óptica aquí asumida sostiene que la identidad proyectada en el relato autobiográfico no posee una existencia previa al momento de su generación, ni externa a él: es una construcción verbal. No obstante, es evidente que es posible encontrar ciertas correspondencias entre el 'sí mismo' plasmado en la imagen situacional y el personaje que se materializa en el relato. Es razonable también pensar que las imágenes que cada persona construye y proyecta a otros en determinadas circunstancias, no están absolutamente escindidas del personaje que queda inscrito en el texto, ni de aquellas imágenes que el propio sujeto proyecta ante sí. Pero también es claro que ellas no son idénticas, cuestión que no debiera perturbar el análisis, pero que sí se debe tener en cuenta.

Esta forma de plantear el problema, tal vez extremadamente lineal, no debe llevarnos a pensar que cada individuo posee dos libretos que representa: uno *para sí y otro para el público. En verdad, la construcción del 'sí mismo' no sólo* varía a través del tiempo sino que además posee, potencialmente, una variedad de identidades simultáneas. El que se llegue a materializar una o otra de esas identidades específicas dependerá, en parte, según plantearé más adelante, de las circunstancias de su generación. En síntesis, el 'sí mismo' proyectado en un momento biográfico, y que se constituye como protagonista del relato, es otro 'sí mismo' que aquél de cuya vida supuestamente se habla. Ese, o, mejor dicho, esos 'sí mismos' ya no existen; residuos de ellos sobreviven en la memoria propia y ajena, sus sombras se proyectan en rutinarios papeles y descoloridas fotografías, la materialidad de los episodios más característicos de sus vidas

---

diferentes conjuntos de atributos, con diferentes funciones, que una persona debe sostener y expresar en función de la representación que es constitutiva de toda interacción social. El personaje, en cambio, como se verá, tal y como aquí es tratado, corresponde sólo a la versión lingüística de un relato de vida. En cualquier caso, es evidente que, en términos generales, se está aludiendo a perspectivas muy cercanas, en particular en lo referido a la noción de imagen que es construida y mantenida por um actor y consumida por los espectadores. Ver Goffman (1971), en especial los capítulos I y VI.

hoy se plasman sólo a través de la articulación de signos gráficos o fonéticos. Por otra parte, quien habla se torna narrador, cede a la tentación de ser portavoz de la historia: relata, y a través de su relato cree revivir, reproducir, recrear, reflejar; aspira a la veracidad, siendo su principal aval el recurso de la memoria. Pero, mientras narra, se difumina a cada instante, y cuando termina una frase para tomar aliento ya no existe, forma parte del pasado irrecuperable; luego, sus huellas son recogidas, recorridas y rehechas constantemente por su heredero: nuevamente el narrador.

Según Córdoba (1984:33) la definición más breve, simple y posiblemente la más exacta del personaje es: "El referente real o ficticio de un nombre propio y/o de sus sustitutos."[8]

Según este autor, el sentido original con que fue utilizada la palabra en francés data de 1250 y se empleaba como sinónimo de "dignatario eclesiástico". De allí que hoy se recurra a ella en el lenguaje cotidiano para referirse a una notabilidad cualquiera ("todo un personaje"); es decir, una característica o conjunto de características que otorgan notoriedad, superioridad o poder de sobresalir. A partir del comienzo del siglo XV el concepto habría comenzado a migrar hacia los terrenos que hoy le son propios: el teatro, luego la novela y, posteriormente, el cine. En estos campos la noción es equivalente a la antigua 'máscara' del teatro ritual: una apariencia o rol sobrepuesto al del actor (el ser 'real'), con el cual éste representa en escena una serie de rasgos y funciones. El concepto también es definido frecuentemente en oposición al de persona, para hacer referencia a un producto estilizado que reúne o sintetiza ciertas cualidades ideales.

A pesar de las muy diferentes corrientes que coexisten en la crítica literaria, es casi unánime hoy día la visión según la cual el personaje debe ser concebido sólo como un fenómeno lingüístico[9], que no posee existencia previa,

8. Al hablar de "sustituto", este autor se refiere a las denominaciones gramaticales, directas o indirectas, con que se hace referencia al personaje sin nombrarlo: "aquél", "él", "ese muchacho ingenuo de entonces", etc.

9. Pocos son los teóricos de la crítica literaria que no se han preocupado del 'personaje' como categoria de análisis del relato, en particular de la novela. Ello ha dado lugar a intensos debates en torno a la pertinencia y utilidad de tal concepto. A pesar de que en estas páginas recojo algunos enfoques y términos propios del análisis semiótico del relato, no me detendré en tales polémicas, por ser ellas demasiado especializadas y poco relevantes para lo aquí planteado. Las posiciones van desde despreciarlo absolutamente como un concepto válido, aceptando a los protagonistas sólo como meros agentes de secuencias (Greimas, Robbe-Grillet), hasta definirlo en su concepción tradicional de corte sicológico (Bennet),

posterior o exterior al texto. Ya he afirmado que para efecto del análisis del relato autobiográfico esta consideración también es válida y necesaria: el personaje que lo protagoniza no es imaginario en el mismo sentido que los personajes literarios, pero tampoco es equivalente al hablante y, sobre todo, su relato no es reflejo de la vida de aquél. El personaje está constituido por unidades de sentido, palabras y frases dichas por él, o por otros personajes a través de él; no existe más que en el texto, es un puro ser de lenguaje. En expresión de Córdoba (1984:35):

> En cualquier relato, sea ficticio o no, los personajes se vuelven seres de lenguaje, una seguidilla de fonemas o de letras, según si es oral o escrito... He allí el destino común de toda cosa desde que ella entra, a cualquier título que sea, en un discurso.

Ahora bien, ¿qué tipo de personaje es éste que surge en el discurso autobiográfico? Lo primero que habría que notar es que se trata de un personaje que, además de protagonizar muy centralmente el relato, lo narra, imponiendo con ello su 'punto de vista'. Es decir, cualquier lector-auditor conoce el universo desplegado en el texto a través de los ojos (palabras) del narrador; asume, queriéndolo o no, de un modo inmediato su perspectiva particular. Aquí entra en operación el primer y básico mecanismo con el que se estructura un relato autobiográfico: la 'selección'. Ella se refiere a la especial articulación que realiza el hablante – de un modo inconsciente o no – entre el recuerdo y el olvido; aquello que hace que la narración contenga tales sucesos o detalles, mientras que otros son desplazados a la ignorancia o relegados a la mortalidad. Sin embargo, la selección no debe entenderse sólo como el rescate y enumeración de ciertos hechos a los que se les da importancia, en oposición a otros que no se mencionan, sino también – y por ello se habla de 'punto de vista' – a la perspectiva o enfoque con que funciona el recuerdo, a la forma como es articulado y presentado. El punto de vista se revela en el texto, allí sus límites y orientaciones pueden ser dimensionados, pero su origen se remonta a 'antes' y 'fuera' del texto. El punto de vista muestra una faceta y, al hacerlo, oculta otras; en la imposibilidad de ser intercambiable radican sus riquezas y limitaciones. El punto de vista actúa en el discurso autobiográfico – según una imagen de Yourcenar (1985:338) – de modo similar a la definitiva elección que hace el pintor de un ángulo específico en el horizonte, después de haber estado incesantemente desplazando su caballete de un lado a otro.

---

considerarlo como un signo o morfema discontinuo (Hamon), como una función narrativa particular (Propp), un asemantéma (Guillaume), o, en fin, un referente semántico (Todorov).

Por otra parte, más allá de la intervención del investigador, lo normal y predecible es que el texto entero gire en torno al propio personaje-narrador, apoyándose en su figura y siendo "el soporte de transformaciones y conservaciones del relato" (Hamon, 1977:125).

Esta particularidad del discurso autobiográfico – que el narrador hable en primera persona y estructure el desarrollo del texto en torno a sí mismo como el personaje central – presenta una compleja situación que tiene interesantes implicancias. La principal: el relato autobiográfico funda y sostiene la exclusiva perspectiva o punto de vista del propio personaje-narrador mediante su posición de hablante en primera persona, contando con los poderes de un narrador omnisciente: se desplaza de un modo envidiable entre los acontecimientos, existe como tal simultáneamente a través de los tiempos y espacios en donde transcurre la narración, con pleno conocimiento de sua propia interioridad y, en la mayoría de los casos, de la de sus semejantes. Es un narrador que designa, adjetiva, nombra, interpreta y explica, da a conocer motivaciones y deseos, trae a nuestra presencia, califica y caracteriza a los demás protagonistas del texto. El lector se encuentra a merced de sus intereses y caprichos. En el ejemplo siguiente una mujer ya madura se refiere a su madre:

> Ella sabía que a mí me tiraba la ciudad. Pero nunca aprobó mi vida ni mis gustos; tenía envidia de lo que yo pudiera llegar a ser... nunca me tuvo confianza, y educó a mis hermanos haciéndoles creer que yo era una empleada suya. Cuando se dio cuenta que yo igual no más iba a hacer mi vida, torció todo para que yo me tuviera que ir y ninguno de la casa me defendió porque les interesaban las terras.

Pero la posición narrativa del personaje no es consistente, ni tiene obligación de serlo, posee la flexibilidad necesaria para variar su estilo y 'alejarse' de los hechos que narra. La misma mujer del ejemplo anterior, conocedora de la interioridad de los otros personajes, un poco más adelante habla como un narrador 'objetivo' propio de la mejor tradición 'naturalista', el cual se limita a describir lo que ve, sin atribuir motivos ni sentimientos:

> En esa época la gente andaba de un lado para otro buscando trabajo, golpeaban cuanta puerta encontraban, hablaban con quien conocían, se las arreglaban como podían. Los cabros amanecían tirados en las veredas, y la gente bien vestida no se les acercaba; cuando tenían que pasar delante de un chiquillo, cruzaban antes la calle y era muy raro que alguien diera una limosna.

A pesar de ese potente y artificioso efecto de identidad entre hablante, narrador y personaje, que confunde y tienta a concebirlo y tratarlo como un solo 'él', no hay que olvidar que no es quien vivió la vida quien la cuenta, sino un nar-

rador construido *ad hoc* y que tiene existencia sólo para efectos del relato y dentro de él. Según Todorov (1971:125):

> El personaje-narrador no es un personaje como los otros; pero tampoco se parece al narrador desde afuera... Esto sería confundir el 'yo' con el verdadero sujeto de la enunciación... Desde el momento en que el sujeto de la enunciación se convierte en sujeto del enunciado, ya no es el mismo sujeto quien enuncia. Hablar de sí mismo significa no ser ya el mismo 'sí mismo'.

Sin embargo, el personaje central no sólo predomina sobre los demás, sino que también, al ser consistentemente el eje explícito u oculto de todos los episodios constitutivos del texto, le da solidez a la ilusión de fidelidad e integridad del relato. En efecto, el narrador del texto autobiográfico aparece con una autoridad natural, puede permitirse no argumentar en exceso, dar saltos cronológicos espectaculares, no recurrir a demasiados detalles. "Después de todo" – imagino que podría decir –, "es de mí de quien hablo, ¿quién podría hacerlo mejor que yo, que estuve allí, que lo vi, que lo viví?" Esta autoridad natural (frente a la cual el investigador se cuida mucho de expresar sospecha), esta presencia imponente y totalizante del personaje-narrador no ayuda por sí misma a evidenciarlo. Al contrario, su imagen se diluye tras la aparente legitimidad de su posición. También son aplicables aquí las consideraciones de Todorov (1971:126) en relación a la identificación entre narrador y personaje en la literatura:

> El verdadero narrador, el sujeto de la enunciación de un texto en el cual un personaje dice 'yo', sólo resulta con esto aún más disimulado. El relato en primera persona no explicita la imagen de su narrador, sino que por el contrario la hace aún más implícita. Y todo intento de explicación sólo puede conducir a una disimulación cada vez más perfecta del sujeto de la enunciación; este discurso que se confiesa discurso no hace más que ocultar pudorosamente su propiedad de discurso.

La simple enunciación del 'yo' y/o de su nombre propio, entonces, no dice nada acerca de la signficación específica del personaje; por el contrario, oculta y camufla su identidad. Hamon (1977:126 y ss.) habla, al referirse al personaje, de su "etiqueta semántica", la cual – a diferencia del morfema lingüístico, que contiene en sí mismo, desde el momento de su enunciación, un significado compartido – no es un signo conocido de antemano que se trataría de reconocer, sino una construcción que se efectúa progresivamente. El significado del personaje, su etiqueta semántica, es un misterio en el comienzo del texto, un 'morfema en blanco', sólo se conoce y reconoce a través de la narración, en una operación gradual, en la cual participan no sólo entrevistador y entrevistado, sino también todo lector o auditor posterior, por medio de la memorización, reconstrucción y asociación. Entre principio y fin del relato este morfema vacío

de significación se va llenando con predicados, acciones contenidas en sus respectivos verbos, adjetivaciones, etc. Esta es la diferencia, en ningún caso secundaria, entre el relato autobiográfico y una indagación sobre ciertas características escogidas en la trayectoria temporal de un individuo, las que son recolectadas y/o expuestas a través de una secuencia temporal – como, por nombrar un ejemplo, la investigación llevada a cabo por Balán (1974) –: el relato de vida tiene un carácter discursivo y acumulativo en su expresión y en su lectura. Ello significa que el personaje presentado va siendo construido en el transcurso del discurso, en el texto él es elaborado, de tal modo que su significado está determinado progresivamente por el contexto semántico que lo precede y acompaña, contexto que escoge y actualiza un sentido entre muchos teóricamente posibles.

La 'situación biográfica' del hablante

Todo hablante construye su versión de 'sí mismo', edifica su personaje, a partir de determinada posición existencial. Utilizo la expresión de Schutz, "situación biográfica", para referirme a 'desde dónde' alguien cuenta su vida, desde qué ubicación temporal, social, espacial, etc., la relata. En definitiva, la situación biográfica está constituida por la suma y combinación de todo aquello que en un instante en el tiempo posee (es) sólo ese individuo, lo que lo hace inasimilable a otro cualquiera. La perspectiva desde la individualidad es algo que ningún recurso comunicacional ni representación colectiva pueden suplantar. En palabras del mismo Schutz (1974:93):

> En cualquier momento de mi situación biográficamente determinada, yo sólo me intereso por algunos elementos, o algunos aspectos, de ambos sectores del mundo presupuesto, el que está dentro de mi control y el que está fuera de él. Mi interés prevaleciente – o, con mayor precisión, el sistema prevaleciente de mis intereses, puesto que no existe un interés aislado – determina la naturaleza de tal selección. (...) existe una selección de cosas y aspectos de las cosas que son significativos para mí en cualquier momento dado, mientras que otras cosas y otros aspectos por ahora no me interesan o están fuera de mi vista. Todo esto se halla biográficamente determinado; es decir, la situación actual del actor tiene su historia; es la sedimentación de todas sus experiencias subjetivas anteriores. No son experimentadas por el actor como anónimas, sino como únicas y dadas subjetivamente a él, y sólo a él.

La situación biográfica es un concepto que ubica sincrónicamente a cada individuo y, a la vez, hace referencia al proceso acumulativo precedente. La identidad del 'sí mismo' está vinculada a una situación biográfica dada, no queda fijada de una vez y para siempre: es un torrente en constante redefinición. Cada

persona no incorpora elementos a través del tiempo a la lectura que hace de la historia de su vida, como quien construye una torre mediante el añadido de sucesivos bloques, conociendo de antemano los planos de su construcción. En cualquier momento la visión acerca del pasado y el diseño futuro de la vida de cada cual, mediato e inmediato, se está haciendo y destruyendo constantemente, pero nunca a partir de cero, sino sobre la base de, entre otras cosas, el significado que se le otorga al tiempo transcurrido y a los sucesos que conforman el presente. A medida que suceden los diversos episodios que componen la vida de alguien, el sujeto va modificando permanentemente la identidad del 'sí mismo', pero no sólo en lo que respecta a su ubicación en relación al futuro, sino también al pasado. Ello alude a un proceso continuo mediante el cual cada persona reinterpreta la totalidad de su existencia, reconstruye su 'sí mismo' a partir de su actualidad.

Todo existir no tiene otra residencia que la 'actualidad', y el sentido común impulsa a suponer el devenir como un puro y natural desenvolvimiento del presente. Es desde la actualidad que se mira hacia atrás y hacia adelante; cada uno de nosotros se autovisualiza a medio camino entre aquello que ya se fue y lo que aún no ha venido; es preferible siempre definirse más por la sólida acumulación del pasado, o por las generosas potencialidades del futuro, tendiendo a evitar la consideración sobre el origen de nuestra mirada: el presente. Pero, a pesar de no reconocerlo fácilmente, es el presente, la actualidad, el lugar desde donde se explican los fracasos y fundamentan los proyectos, la posición desde donde se construye el punto de vista legítimo que modela el 'sí mismo'; el relato nace en el presente, lo afirma y justifica.

El presente de hoy es el futuro de ayer y el pasado de mañana, es una 'posición volátil' que separa la consciéncia cotidiana en sus orientaciones retrospectivas y prospectivas; desde ella miramos hacia nuestro alrededor temporal (adelante, atrás) y social (ellos, nosotros). Desde allí opera la memoria: traemos al presente los recuerdos y así ordenamos el pasado. En tal tarea, el evitar severas frustraciones y poder experimentar la sensación de que el 'camino' de nuestra vida está bajo control, son dos buenos motivos que explican el que todo relato sobre el propio pasado tienda a estilizarlo, lo simplifique y describa siempre a partir de un código de tipificaciones que tiene pleno sentido sólo en la actualidad. En el relato autobiográfico el pasado suele aparecer como articulado por una línea homogénea y comprensible, lejos de toda perturbación, desde el presente el pasado abandona ese estatuto de simultaneidad desconcertadora y polisémica que tuvo cuando aún no era pasado, y se convierte en algo inteligi-

ble, su sentido brota como evidente, la actualidad lo ordena, tornándolo tolerable y útil.

En rigor, lo inenarrable que son los momentos dela propia muerte ilustra no sólo lo incompleto de toda autobiografía, sino también evidencia que una retrospección de los hechos acontecidos (mis hechos) siempre es una versión desde el presente circunstancial, que nunca puede ser superado, no existiendo otra posición temporal más sólida (inmodificable, no intercambiable, insoslayable) y, al mismo tiempo, más efímera, que la actualidad.

En este proceso, la memoria, y sus productos esenciales (el recuerdo y el olvido), no opera como una simple capacidad emocional, no es una característica sicológica uniforme:

> Retener, olvidar y recordar pertenecem a la constitución histórica del hombre y forman parte de su historia y de su formación. (...) La memoria tiene que ser formada; pues memoria no es memoria en general y para todo. Se tiene memoria para unas cosas, para otras no, y se quiere guardar en la memoria unas cosas, mientras se prefiere excluir otras (Guadamer, 1977: 45).

Cuando alguien habla de su vida trae hasta la actualidad (y desde ella), de un modo consciente o no, fragmentos de su pasado tal y como los reconstruye desde el tiempo presente. Al recordar, el hablante selecciona recuerdos que desde el presente adquieren un sentido y una función al interior de la situación generadora de la narración y del relato mismo. Lo que se recuerda es recordado desde el presente y está compuesto por aquello que para el hablante, o para su interrogador, hoy merece ser imperecedero. Lo que se olvida no sólo se niega, sino que también, en la práctica, se anula como vivencia específica previa. Los ámbitos del olvido son – ¿qué falta hace decirlo? – más densos y numerosos que los del recuerdo: seguramente me acuerdo que de niño iba a tal colegio, pero sin duda no recuerdo cada una de los cientos de oportunidades en que crucé esa calle, todas las despedidas y saludos, no recuerdo cada una de las veces en que caminé frente a ese edificio que hoy ya no existe. Pero sí recuerdo con claridad el día en que presencié su incendio.

El pasado más rutinario es nombrado con facilidad, casi con indiferencia; lo recurrente es subsumido en 'tipificaciones' en torno a figuras de sentido común previamente estereotipadas; al generalizar a través de esos estereotipos se olvida, se anula la existencia experiencial única y múltiple. La repetición conduce a la generalización, la abstracción implica sepultar los detalles diferenciadores que reflejan la unicidad. Pero aquello que se sale de lo común, lo extraordinario dentro de una rutina particular (ese accidente, esa frase) puede asumir inmediatamente en la memoria el rango de imperecedero; vale la pena conservar su

unicidad y, en consecuencia, adquiere la forma de un recuerdo perspicuo. Pero no por ello ese recuerdo de lo extraordinario es menos objeto de tipificación – aunque de otro tipo – que aquellos que se generalizan más rápidamente. A través del recuerdo el pasado es lingüísticamente reproducido, es 'revivido', con todo lo artificial e inexacto que pueda haber en tales conceptos.

> Entre todos los signos el que posee más cantidad de realidad propia es el objeto del recuerdo. El recuerdo se refiere a lo pasado y es en esto un verdadero signo, pero para nosotros es valioso por sí mismo, porque nos hace presente lo pasado como un fragmento que no pasó del todo. Al mismo tiempo es claro que esto no se funda en el ser mismo del objeto en cuestión. Un recuerdo sólo tiene valor como tal para aquél que de todos modos está pendiente del pasado, todavía. Los recuerdos pierden su valor en cuanto deja de tener significado el pasado que nos recuerdan. Y a la inversa, cuando alguien no sólo cultiva estos recuerdos sino que incluso los hace objeto de un verdadero culto y vive con el pasado como si éste fuera el presente, entendemos que su relación con la realidad está de algún modo distorsionada. (Gadamer, 1977:204-5).

El trabajo de la memoria cambia según sea la situación biográfica desde donde se recuerde y se olvide. Es común que a medida que pasa el tiempo, el campo de las opciones posibles de interpretación del pasado no sólo cambie, sino también se vaya limitando o, en otras palabras, el diseño se torne cada vez más rígido y las tipificaciones más recurrentes. Paulatinamente los recuerdos se congelan y su revisión se vuelve cada vez más selectiva y esporádica, el campo de posibles proyectos futuros se restringe y especializa; en suma, a través de los años y del cumplimiento de los 'ciclos de vida' típicos, en general, la situación biográfica – y por onde la versión autobiográfica – va variando en menor medida.

Sin embargo, existen circunstancias muy especiales – que aquí he denominado 'momentos biográficos' –, que actúan como estímulos poderosos para recuperar (rehacer) recuerdos, incluso algunos insospechados por el propio sujeto. Un interrogatorio policial, una terapia sicológica, una enfermedad mortal, una confesión religiosa, el ser objeto de indagación de una investigación científica del tipo que aquí se habla, etc., son todas experiencias que operan, de diferente manera, a modo de gatillo detonador y seleccionador de recuerdos. Una mención especial merece la 'conversación de reencuentro', en la cual dos personas que no se han visto en muchos años se relatan mutuamente sus vidas desde el momento de su separación, buscando reconstruir aspectos característicos del período de tiempo en que su relación era más o menos estrecha. Se habla, entonces, de 'evocar el pasado', de 'recuerdos que afloran', etc. Es inte-

resante notar cómo, desde un comienzo, las mutuas preguntas suelen ir desde lo más típico y externo a lo más personal y único; en las conversaciones de este tipo, cada episodio relatado, más o menos formal o íntimo, es retribuido y estimulado por uno semejante o equivalente de parte del interlocutor, en un espiral que, eventualmente, puede terminar en la renovación y redefinición del vínculo. Tal proceso se desarrolla hasta que alguno de los interlocutores – mediante recursos lingüísticos típicos[10] – inevitablemente opta por detener y fijar esa evolución progresiva en punto determinado. Se está así acotando el (nuevo) ámbito legítimo de confidencialidad, marcando un umbral muy específico, más allá del cual, por una parte, toda confesión excesiva se aprecia como de mal gusto; o más acá del cual, por otra, toda reserva aparece como un signo de frialdad o de 'mala educación'. Este tipo de conversaciones, por supuesto, posee un rango de variabilidad muy alto, en donde será de vital importancia el tipo de relación que anteriormente mantenían los dos sujetos, la situación social al interior de la cual tiena lugar el reencuentro, la imagen con que cada uno percibe al otro en la actualidad, los deseos que se tengan de identificarse con ese pasado común (lo cual es percibido com un signo de querer identificarse con el otro), etc.

Por otra parte, es notable de qué modo en algunos relatos autobiográficos que mencionan un pasado a primera vista no correspondiente con la imagen que de sí proyecta el sujeto en el presente, o en contradicción abierta con ella, entran en operación una serie de mecanismos que incorporan esa experiencia a la organización general del relato. Es decir, la hacen coherente con el 'sí mismo' actual, presentando o convirtiendo tal episodio, por ejemplo, en un requisito necesario, en una prueba o desafío, en una señal premonitora del posible y dañino desvío del camino correcto, o, en fin, en un atisbo de esperanza y realización que fue finalmente abortado. En definitiva, el destino – que narrativamente en todo discurso autobiográfico (real o literario) opera explicativamente desde el principio de los acontecimientos – es siempre una construcción posterior a los hechos, un ropaje que sirve para que los sucesos históricos no aparezcan en toda su crudeza con su carácter de inutilidad o sinsentido.

Todas estas afirmaciones son independientes del hecho que la mayoria de las personas efectivamente interpretan su experiencia existencial como si estu-

---

10. En el caso de las conversaciones de reencuentro, así como también de algunos otros géneros menores, es evidente que su análisis sería más fructífero al interior de los conceptos ymetodologías que han desarrollado, precisamente, los teóricos de las conversaciones, como Sacks, Schegloff e Jefferson.

viesen constantemente materializando *un* plan trazado con anterioridad, y ven el conjunto de su vida como la consecución de algún tipo de objetivos fijados desde un comienzo. En esto también se puede apreciar cierta variabilidad, en donde se combinan cuestiones de personalidad con las posibilidades concretas que tiene un individuo de optar y otorgar un significado legítimo a sus actos.

En relación al futuro, habría que decir que éste aparece como el lógico desenlace de una trayectoria unilineal. Desde esa 'posición volátil', desde el presente fugaz suponemos planificar el porvenir, y ambos procesos – nuestra mirada ordenando el ayer y soñando el mañana – se entienden sólo en recíproca función. Según palabras de Ramoneda (1987:15):

> El futuro es el camino que conduce al orden: el orden de la utopía. Y el orden, por definición, es simple. Alcanzar esta simplicidad, que desde la filosofía más remota, y con bien pocas excepciones, es sinónimo de belleza, armonía y verdad, es el destino que la cultura historicista ha atribuido a la civilización. Sólo en el presente la complejidad se hace patente en toda su desnudez.

En este proceso en el cual los recuerdos son 'leídos' y el futuro diseñado, la subjetividad no opera como una interferencia exterior, sino que es la naturaleza misma de él. La subjetividad es el privilegio de todo narrador, más aún si el objeto de la narración soy yo mismo. La situación biográfica resume y torna operativa la subjetividad del presente. Esta subjetividad no debe entenderse como el pleno dominio de la fantasía individual: el relato autobiográfico no es la imaginación desbocada que inventa quimeras gratuitas para deleite propio o ajeno; no es un género literario más. Este criterio es importante, porque, a pesar de que el enfoque analítico aquí sustentado hace frecuentes referencias a conceptos teóricos y metodológicos propios de la crítica literaria, estoy lejos de asimilar sin más el discurso autobiográfico a la novela. En primer lugar, no es un proceso donde aflore una subjetividad exclusivamente individual (en el sentido de incomparable y única), porque, como se ha dicho, a pesar de que es un hablante individual quien narra desde una situación biográfica irreproducible, las formas de contar la propia vida corresponden a estructuras narrativas y procesos de atribución de sentido que poseen existencia previa a la experiencia individual, que están a disposición del sujeto en su contexto cultural y semántico, y han sido objeto de su aprendizaje.

En segundo lugar, no es un proceso exclusivamente fantasioso, porque (como se verá más adelante) suele desarrollarse al interior de una relación social, de una interlocución en la cual el narrador no pretende erigirse en un individuo diferente al autor (aunque termina siéndolo); sus expresiones – como se ha dicho – tienen la ambición de la veracidad inmediata (no simbólica) y la relación

generadora del relato presupone un hablante en condiciones de proporcionar algún tipo de evidencia acerca de lo narrado. Tal como es expresado en este largo, pero esclarecedor pasaje de Martínez Bonati (1972:152 y ss., paréntesis y destacados en el original):

> ...la propia comunicación lingüística no puede ser concebida adecuadamente como efusión inmediata de lo individual, como expresión directa de la interioridad concreta. Median las esferas semánticas generales. Ellas, precisamente, posibilitan toda clase de insinceridad, pues el hablante tiene consciencia de ellas, al utilizarlas pra objetivar sus estados, y puede, en consecuencia, utilizarlas para objetivar estados que no existen en él (o como suyos), es decir, para fingir. Lo que la *verdad* es en la dimensión semántica representativa, es la *sinceridad* en la dimensión semántica expresiva: una adecuación de estructuras generales inmanentes del signo a estructuras generales de la cosa (de diverso modo) significada.
> Se desprende de lo dicho, que también en el habla corriente hay algo así como un hablante ficticio, inmanente al signo, que objetiva el carácter de nuestra intransferible mismedad. [...] El hablante efectivo (real o ficticio), al comunicarse (en la realidad de nuestro mundo o en el mundo literario de los personajes) se compromete a este hablante inmanente. Lo dicho por alguien es, pues, sincero o no, documento de su ser y actuar en cuanto que acto realizado como acto lingüístico, como manifestación comunicativo–lingüística de su ser.

Las condiciones materiales y simbólicas de generación del relato autobiográfico

Por último, para concebir y analizar todo texto autobiográfico es de prioritaria importancia distinguir el papel y las características de las condiciones materiales y simbólicas de su generación. Ellas consisten en el conjunto de rasgos propios del momento en que surge el relato (como posibilidad y expectativa) y cuando se materializa. En esto el margen de variabilidad es muy amplio: entrevista dirigida (en una o muchas sesiones, con uno o varios entrevistadores, en uno u otro lugar, etc.), escritura solicitada o espontánea (orientada hacia un lector específico o indeterminado), diálogo con otro (con un objetivo biográfico explícito o no), conversación terapéutica, o confesional (más o menos ritualizada, eximiendo o no de culpas), etc. A ello habría que añadir toda una serie de complementos tecnológicos, que cada vez con mayor frecuencia y poder rodean o inundan la situación; máquinas fotográficas, grabadores, filmadoras, etc.[11].

Todas estas variables poseen un rol condicionador, y en conjunto se amalgaman en lo que juega el rol decisivo: la relación social al interior de la cual nace y se concreta el discurso autobiográfico. Como ha quedado dicho, todo

11. Para una caracterización y análisis de las posibilidades técnicas y los problemas derivados de ellas en las entrevistas, ver Ives (1987).

relato de este género, y con mayor razón aquel que posee una connotación confesional, en donde se juega la propia identidad, tiene que ver con la construcción y mantención de una imagen, más o menos apropiada a las expectativas recíprocas a las que el sujeto se siente sometido en determinada situación. Así, el relato autobiográfico es el producto de una relación específica, y todo indica que no se expresaría de la misma manera si varía la relación que lo genera. Una de las concepciones básicas que caracterizaron el pensamiento de Mead, según postula Becker (1986:108), es que:

> ...la realidad de la vida social es una conversación de símbolos significantes, en el curso de la cual las personas realizan operaciones de tanteo para luego ajustar y reorientar su actividad a la luz de las respuestas (reales o imaginarias) que los demás dan a esas operaciones. La formación del acto individual es un proceso en el cual la conducta es continuamente remodelada a fin de tener en cuenta las expectativas de los otros, conforme éstas son expresadas.

Aquí concurren una gran cantidad de factores, tales como el medio de expresión que se utiliza (escrito, verbal); el ambiente escénico, y, sobre todo, el tipo de interacción que se desarrolla con quien pregunta o solicita el texto: la propia imagen que el entrevistador o investigador social proyecta, el tipo de lenguaje utilizado, las expectativas recíprocas, las ataduras y características de la relación, los intereses y motivaciones de todos los actores involucrados, el destino final del relato (explícito o supuesto, acordado o impuesto), etc.[12]

En síntesis, las condiciones materiales y simbólicas en las cuales el relato surge no son un mero canal de expresión de una vida, una neutra hoja en blanco donde se deposita el contenido del texto. Al contrario, ellas actúan como un conjunto de modeladores, altamente influyentes en su estructuración, y presentes en el producto final. Esta afirmación se basa en el supuesto ya mencionado de que, al contar una vida, se está construyendo una imagen dirigida a un público, más o menos particularizado. Hasta en la confesión más íntima, 'espontánea' o 'sin testigos', la narración de una vida será estructurada en términos de una imagen, para ser consumida por otros y por sí mismo. Aún al borde de la muerte, en la soledad del recogimiento culpable, expectante, temeroso o sublime, usualmente se cuenta con la presencia de dos públicos posibles: la presencia inminente de Dios y el futuro inmediato al que se le llama posteridad.

12. Por supuesto, no es en la expresión de una narración autobiográfica la única situación que puede ser analizada en términos de construcción de una imagen. De hecho, notorias corrientes sociológicas y antropológicas conciben el conjunto de las relaciones sociales en tales términos. Al respecto ver Wolf (1979).

Lo anterior no debiera ser entendido como si el narrador de una historia de vida explícita y concientemente buscara engañar a su interlocutor o público. Siempre hay engaño, al menos en el sentido mínimo de selecionar los hechos y otorgarles una perspectiva a través de la versión lingüística ('punto de vista'). Si un profesor se presenta a sus nuevos alumnos, sin duda alguna hará un recuento de su trayectoria diferente a aquel que haga quien expone su caso frente a un gerente financiero en busca de un crédito; y ambas exposiciones serán muy distintas de la presentación de sí que haga un sospechoso ante la policía. Se puede o no mentir, ocasional o frecuentemente, pero eso ya ha sido observado antes y no debe sobredimensionarse un fenómeno que corresponde al tipo de relación social que se establece. Sin embargo, lo que no debe olvidarse es que el relatar la propia vida es una situación de por sí tensa y crítica, en la cual los sujetos pueden llegar a involucrarse fuertemente en lo sentimental y afectivo:

> A mi me gusta bien poco hacer estos recordatorios porque me viene la rabia. Tengo una tía que está viejita y cuando conversamos y nos acordamos de otros tiempos me dice: "tú tienes mucha alegría por fuera, pero mucha amargura por dentro". Soy rabiosa. Cuando empiezo a recordar me da rabia (SUR, 1984:23).

Una fuerte involucración sentimental generalmente es recibida como positiva por el investigador, ya que 'destraba' muchas autorrepresiones y permite la expresión de dimensiones poco planificadas del 'sí mismo'.

Destacar la importancia de la situación en la cual es generado el relato autobiográfico obliga a reconocer que todo curioso que pregunta por relatos de vida (cualquiera sea la forma que adopte su indagación), se convierte en un coautor: es un participante que posee un grado apreciable de responsabilidad en la generación y la modalidad del relato. Paradojalmente, esta apreciación se revela en toda su pertinencia cuando el investigador social más busca ocultarse: en ocasiones sólo nos permite conocer el producto final del discurso autobiográfico, ya sometido a determinado proceso de montaje, escondiendo o subexponiendo – para usar una noción fotográfica – su presencia. De esta forma, el investigador, inevitablemente, se convierte en un coautor en busca del anonimato, pero que suele dejar rastros evidentes en el texto: lo prologa, otorga y quita la palabra al narrador, explica con notas o paréntesis el significado de ciertos conceptos o frases, titula, subtitula, formatea, divide y ordena el texto de acuerdo a cortes temporales o temáticos, etc.

No creo que esto deba ser enfocado como un simple problema técnico que pueda y deba ser solucionado: es ilusorio pensar que existe 'un' relato o versión 'pura' que es preciso encontrar y dejar fluir sin presión ni contaminación externa. Sin embargo, desde el punto de vista metodológico es posible minimi-

zar esta situación y ponderar su influencia, aclarando lo más nítidamente posible las condiciones en que el relato fue gestado. Lo anterior suele ser objeto de frecuentes discusiones entre los especialistas, quienes buscan determinar qué tipo de relación con el entrevistado es la más conveniente, hasta qué punto es recomendable dirigir el relato, qué medio de expresión es el más adecuado, etc. Para terminar plantearé algunos criterios sobre estas cuestiones[13]

Si se acepta la proposición anterior, esto es, que el relato autobiográfico 'puro' no existe, sino una potencial – y personal – gama más o menos diferenciada de imágenes suceptibles de materializarse, debe concluirse que es necesario considerar tales discursos en relación a las circunstancias concretas en que fueron generados. Pero eso ya fue suficientemente planteado. Como principio general me parece que mientras más cerca se esté de la búsqueda de testimonios (modalidad que pretende recoger información específica contextual al sujeto a través de su relato de vida. Por ejemplo: flujos migratorios, relaciones de trabajo, ciclos de reproducción, etc.), más directiva será la relación que convenga establecer con él. En consecuencia se hará un número considerable de preguntas específicas, buscando datos previamente determinados sin que importe mayormente cómo se hilvana el texto. Pero, si el punto de atención es el relato de vida en sí, porque interesa, por exemplo, conocer las formas y procedimientos de autorrepresentación de la infancia, importará mucho dejar que el relato fluya lo más libremente posible. Según Bertaux, qué tan directivo debe ser el proceso de elaboración de un relato autobiográfico, es algo que conviene ir solucionando en el transcurso de la investigación. En efecto, según este autor, cuando se considera conseguir varios relatos de vida para investigar un aspecto específico de ellos, al enfrentar cada uno se debe ir confeccionando preguntas de acuerdo a qué zonas temáticas o informativas han ido quedando más claras y más oscuras en los anteriores[14].

Que el investigador intente ser poco directivo con su sujeto de indagación, no implica que la relación entre ambos deba ser poco intensa, estrecha o personal. Por lo general los textos autobiográficos más ricos producidos en el contexto de una investigación social, han sido elaborados al interior de una relación tremendamente personal, en donde el investigador puede ser relativamente poco directivo, precisamente porque ha establecido una relación de tal

13. Para un análisis más específico acerca de la entrevista como situación integral, remito a mi trabajo (1989).
14. Para los detalles de esta argumentación y el concepto de "saturación" que este autor postula, remito al lector interesado a Piña (1989:207-10).

profundidad que el discurso de su entrevistado surge, en una medida apreciable, bajo los cánones de su propia estructuración. Esta última frase no debería llevarnos a suponer que es posible hablar con propiedad de relatos espontáneos cuando existe presencia o la simple solicitud de un investigador, sino sólo de un margen mayor o menor de libertad. En este sentido, es posible pensar en un 'continuo de determinación externa' del discurso autobiográfico, en uno de cuyos polos estaría la máxima espontaneidad (posible) en su generación y estructuración. Por ejemplo, cuando el relato surge y se materializa por la propia motivación del sujeto y no en el contexto de una relación indagatoria. Esta alternativa no implica que el relato resultante sea necesariamente más 'auténtico' que otro construido en el contexto de una entrevista. Piénsese, por ejemplo, en las autobiografías de los personajes de élite, verdaderas edificaciones de autojustificación histórica, en donde la vida privada, las dudas y los temores casi no tienen lugar.

En el polo opuesto está la determinación externa extrema, cuando la participación del interlocutor (investigador) condiciona fuertemente, a través de sus preguntas o de la relación misma, los temas abordados, su enfoque, secuencia, etc. Tal vez el sacramento de la confesión y algún tipo de sesiones terapéuticas sean las conversaciones biográficas más ritualizadas, en las que el peso de la determinación externa del relato se hace más evidente. Permítaseme decir algo similar en relación a los 'concursos de autobiografías', reutilizados con frecuencia en nuestro medio[15]. Sin duda, toda indagación biográfica crea una relación donde las expectativas del entrevistado suelen ser subestimadas; sin embargo, en un concurso que explícitamente ofrece un premio para los 'mejores' relatos, es dable suponer que la imagen allí vertida estará excesivamente elaborada en función del tipo de atributos que el sujeto suponga serán más valorados por el convocante. Esto queda reflejado de un modo casi excesivo en la siguiente expresión de un narrador de un concurso de autobiografías al terminar su relato (GIA, 1986:128): "Espero les haya gustado la historia que ya conté."

Este continuo de determinación externa no implica, repito, un juicio acerca de la 'autenticidad' del relato, sino una apreciación respecto a las diferentes circunstancias en que él se construye, de modo tal que la forma del discurso, por decirlo de alguna manera, obedece en mayor o menor medida a factores exter-

15. Hablo de reutilización ya que en la 'época de oro' del género autobiográfico, este recurso era muy utilizado. También se solía ofrecer retribución económica a cambio de cartas y archivos familiares, cuestión esta última que desde el punto de vista del método no implica problema alguno, siempre y cuando se pruebe la autenticidad de los documentos.

nos. En consecuencia, un relato producido en condiciones de extrema determinación externa es igualmente apto de ser analizado, porque también en él, en definitiva (aunque de un modo particular), se contruye un texto qual el 'sí mismo' es elaborado en términos de un personaje.

Por último, cabe recordar que, según algunos autores, el relato autobiográfico escrito supera con creces al oral, ya que en el primero se desarrollaría con más fuerza la 'consciencia reflexiva' del narrador. La entrevista oral, en cambio, a pesar de ser más fácil de conseguir, por su rapidez y sociabilidad no permitiría que el sujeto tome distancia con los hechos narrados, limitándose a exponerlos sin poder reflexionar acabadamente sobre ellos. A estas alturas el lector comprenderá por qué estoy en desacuerdo con esta posición: se trata de estructuras narrativas diferentes, formas de articulación de lenguaje muy distintas, condiciones de generación del relato casi antagónicas, márgenes de determinación externa del relato desiguales, etc. Pero, en definitiva, ambos procedimientos generan discursos que giran alrededor del mismo eje: el personaje.

Sin embargo, las deferencias reseñadas entre el relato oral y el escrito son relevantes y pueden dar lugar a interesantes investigaciones. Desde el punto de vista de la 'función social' del producto final, se trata evidentemente de dos cuerpos narrativos con muy variadas posibilidades de irradiación. Por outra parte, el texto escrito adquiere una suerte de autonomía e inmortalidad que, para efectos del análisis, incide em que aparece como desligado de sus condiciones de generación e incluso, de su autor. Según Gadamer (1977:468 y ss.):

> En la escritura se engendra la liberación del lenguaje respecto a su realización. Bajo la forma de escritura todo lo transmitido se da simultáneamente para cualquier presente. En ella se da una coexistencia de pasado y presente única en su género, pues la consciencia presente tiene la posibilidad de un acceso libre a todo cuanto se ha trasmitido por escrito. (...) En la escritura el sentido de lo hablado está ahí por sí mismo, enteramente libre de todos los momentos emocionales de la expresión y comunicación. Un texto no quiere ser entendido como manifestación vital, sino únicamente respecto a lo que dice. El carácter escrito es la idealidad abstracta del lenguaje. Por eso el sentido de una plasmación por escrito es básicamete identificable y repetible. (...) La ventaja metodológica del texto escrito es que en él el problema hermenéutico aparece en forma pura y libre de todo lo sicológico. Pero naturalmente lo que a nuestros ojos y para nuestra atención representa una ventaja metodológica es al mismo tiempo una expresión de una debilidad específica que caracteriza mucho más a lo escrito que al lenguaje mismo. (...) A la inversa de lo que ocurre con la palabra hablada, la interpretación de lo escrito no dispone de otra ayuda. Por eso es aquí tan importante el 'arte' de escribir. Es asombroso hasta qué punto la palabra hablada se interpreta a sí misma, por el modo de hablar, el tono, la velocidad, etc., así como por las circunstancias en las que se habla.

Es efectivo que el narrador oral no planifica ni reflexiona sobre su relato al igual que quien escribe sobre su vida, pero no reside allí el principal obstáculo de ese tipo de discurso. El relato oral se da en el contexto de la entrevista, que no es más que una versión muy especial de una conversación. En una situación cara a cara la involucración con el otro es mayor, su presencia es inolvidable, el predominio de su mirada y de su pregunta tiene un peso específico ineludible. En la conversación biográfica el narrador suele buscar más explícitamente la aprobación del otro, espera sus señales de comprensión, busca más inmediatamente gestos de aceptación y su discurso se afirma allí donde se le estimula más, o en donde cree ser más valorado. La dinámica propia de las conversaciones llevan el diálogo con más facilidad hacia las zonas temáticas o estilísticas que se suponen más compartidas; se persigue superar lo incómodo de tan asimétrica situación y para ello se atenúan las posibles vetas de conflicto, o se subestiman aquellas expresiones que no parecen despertar auténticamente la adhesión del otro. Puede decirse que la narración oral es más frágil que la escrita, su peso y densidad son menores; la riqueza de su espontaneidad lingüística, propia de la situación social en que es generada, es también su principal debilidad. Por otra parte, el relato oral es visto con mayor desconfianza por los cánones tradicionales del conocimiento científico, ya que lo escrito aparece – de por sí – revestido con un carácter de objetividad y universalidad que está lejos de poseer. De hecho, los materiales, fuentes y procediementos de legitimación propios de las ciencias sociales operan a través de la palabra escrita. Ello explica que la mayor parte de los relatos orales sean transcritos para su análisis y divulgación, perdiendo con ello su peculiaridad que constituye, a la vez, su riqueza potencial. La palabra oral no se ve plenamente reflejada en la escritura, ya que muchos de sus rasgos particulares portadores de sentido no tienen un equivalente gráfico. La entonación, el ritmo, el volumen, las pausas, los énfasis, la desenvoltura y todos sus cambios a través de la conversación, no pueden ser simplemente trasladados al lenguaje escrito, perdiéndose así no sólo información, sino también alterándose notablemente su significado[16]. En cualquier caso, no debe olvidarse que todas estas consideraciones poseen un carácter muy genérico, ya que el grado de variabilidad del tipo y calidad de las relaciones sociales en que se generan los relatos de vida – escritos u orales – es muy grande.

16. Para una argumentación detallada respecto a las particularidades del relato hablado y su valor en la llamada historia oral, ver Portelli (1987).

En definitiva, sea a través de rasgos fonéticos o gráficos, el relato de una vida es un proceso narrativo, en el cual el hablante se debate con su memoria, recuerdos, intereses y temores; no pudiendo escapar del universo de las palabras y de las narraciones, las que provienen de sistemas culturalmente compartidos de repesentación y comunicación del 'sí mismo'. Cada vida ya no existe, ha devenido en lenguaje. Como dice Ionesco (1973:102-3):

> Cuando quiero contar mi vida, es de una errancia que hablo. Es de un bosque ilimitado que hablo, o de una errancia en un bosque ilimitado. No es de mí que hablo, ya que me busco con palabras que están hechas para que no me encuentre ahí, y que hacen crecer el extravío. (...) En el canto inefable se substituye ya sea la palabra abstracta, ya sean las realidades concretas de los actos que nos han fallado, que nos han alejado de nosotros mismos. Estamos todos en la búsqueda de alguna cosa de una importancia extraordinaria, de la cual hemos olvidado lo que era, escribo las memorias de un hombre que ha perdido la memoria. Me quedará la consciencia que todas las cosas que estoy tratando de decir no son sino substituciones. Me dejo, sin embargo, llevar por el flujo de las palabras.
> La substancia no aparece sino un segundo, raramente. Solamente el grito puede escucharse en esta bruma espesa.

BIBLIOGRAFIA

BALAN, J. 1974. "El Uso de Historias Vitales en Encuestas y sus Análisis Mediante Computadoras". In *Las Historias de Vida en Ciencias Sociales. Teoria y Técnica* (J. Balan, org.). Buenos Aires: Nueva Visión. pp. 67-91.

BECKER, J. 1986. "Biographie et Mosai'que Scientifique". *Actes de la Recherche,* (62/63): 105-10.

BERGER, P. 1982. "La Identidad como Problema en la Sociologia del Conocimiento". In *Hacia la Sociologia del Conocimiento* (G. Remmling, org.). México: Fondo de Cultura Económica. pp. 355-68.

BERTAUX, D. 1980. L'approche Biographique. Sa Validité Méthodologique, ses Potentialités. *Cahiers Internationaux de Sociologie,* vol. LXIX, (N. especial), pp. 197-225.

BOURDIEU, P. 1980. L'Ilusion Biographique. *Actes de la Recherche* 62/63:69-73.

CÓRDOBA, P. 1984. "Prémon Gloria. Pour une Pragmatique du Personnage". In *Le Personnage en Question.* Actes du colloque organisé par le S.E.L., Université de Toulouse, Le Mirail, pp. 33-44.

DENZIN, N. 1970. *The Research Act.* Chicago: Aldine.

GADAMER, H. 1977. *Verdad y Método.* Salamanca: Ed. Sigueme.

GIA. 1986. *Vida y Palabra Campesina.* Santiago: GIA.

GOFFMAN, E. 1971. *La Presentación de la Persona en la Vida Cotidiana.* Buenos Aires: Ed. Amorrortu.

HAMON, P. 1977. "Pour un Statut Sémiologique du Personnage". In *Poétique du Récit* (R. Barthes et al., orgs.). Paris: Seuil. pp. 115-80.

IONESCO, E. 1973. "Présent Passé. Passé Présent". In *L'Ecrivain et Son Moi*, (Y. Farre, org.). Paris: Hachette. pp. 101-3.

IVES, E. 1987. *The Tape-recorded Interview.* Knoxville: University of Tennessee Press.

MARTINEZ BONATI, F. 1972. *La Estructura de la Obra Literaria.* Barcelona: Seix Barral.

MEAD, G. 1934. *Espiritu, Persona y Sociedad.* Buenos Aires: Paidos.

PINEAU, G. y MICHELLE, M. 1983. *Produire sa Vie: Autoformation et Autobiographie.* Montreal: Ed. Saint-Martin.

PIÑA, C. 1986. *Sobre las Historias de Vida y su Campo de Validez en las Ciencias Sociales,* FLACSO, Santiago. También en *Revista Paraguaya de Ciencias Sociales,* año 23, n. 67, septiembre-diciembre 1986. Asunción: 143-62. (Publicado bajo el título "Historia de Vida y Ciencias Sociales", en la *Revista Mexicana de Ciencias Politicas y Sociales,* (132, abril-junio 1988: 125-48).

————. 1988. "La Construcción de 'Sí Mismo' en el Relato Autobiográfico". *Revista Paraguaya de Sociologia,* Año 25, (71): 135-76.

————. 1989. *El Juego de los Espejos: La Situación de Entrevista en la Investigación Social.* Santiago: FLACSO (en prensa).

PLUMMER, K. 1983. *Documents of Life.* Londres: George Allen & UNWIN.

PORTELLI, A. 1987. "Las Peculiaridades de la Historia Oral". In: *Memoria Histórica y Sujeto Popular,* (J. Bravo, org.). Santiago: ECO (mimeo).

RAMONEDA, J. 1987. "Una Teoria del Presente". *Letra Internacional* 6:15-20, Madrid.

SALTALAMACCHIA, H. 1987. Historia de Vida y Movimientos Sociales: el Problema de la Representatividad. *Revista Mexicana de Sociologia* 49 (1): 255-77.

SCHUTZ, A. 1974. *El Problema de la Realidad Aocial.* Buenos Aires: Amorrortu.

SUR. 1984. *Mujeres de la Ciudad.* Programa de la mujer pobladora. Santiago: SUR-Profesionales.

TODOROV, T. 1971. "Poética". In *¿Qué es el Estructuralismo?* (O. Ducrot et al., orgs.). Buenos Aires: Ed. Losada. pp. 101-73.

————. 1987. "Viaje a la Crítica Literaria". *Letra Internacional* 6:8-11, Madrid.

WOLF, M. 1979. *Sociologías de la Vida Cotidiana.* Madrid: Ed. Cátedra.

YOURCENAR, M. 1985. *Memorias de Adriano.* Santiago: Seix Barral.